

CUANDO UNA CAPILLA SE HUNDE...

Coincidiendo con la segunda época de esplendor zaragozano, a mediados del siglo XVI, la capital de Aragón construyó su Universidad. Hubo estremecimientos oscenses, pero el proyecto prosperó. El deán de la Seo, don Pedro Cerbuna, proporcionó los fondos para que la importante obra fuese realidad. Durante años, la vieja Universidad se mantuvo en pie, degradada por el tiempo su fachada, en el castizo barrio de la Magdalena. El mudéjar de la iglesia y de su bellísima torre, engastada en azulejos verdiblanco como las de Teruel, formaban con la sobria mole de la Universidad un hermoso rincón. A dos pasos, el río y el barrio palaciego y señorial, ahora maloliente, que rodea la catedral.

Un buen día, la vieja Universidad zaragozana, convertida en Instituto de Enseñanza Media, observadora de tantas agonías estudiantiles en aquellos tiempos de las dos reválidas y el autoritarismo a todo trapo de profesores-menestrales, sucumbió a golpe de piqueta. Sólo se salvó un recinto gótico situado en su centro, conocido como la Capilla de los Estudios de Cerbuna, convertida después en biblioteca. Formaba esta sala parte del edificio englobándose en su estructura. Son las suyas paredes tabiqueras de ladrillo, y las hermosas bóvedas de crucería, de este mismo material, estaban recubiertas de yeso. Era, pues, un edificio civil en ladrillo, como la Lonja, fácilmente degradable, pero también de gran belleza.

Durante muchos meses, las cuatro paredes de la antigua biblioteca, mondas y lirondas, quedaron al aire sin la protección estructural que el edificio les proporcionaba. Tiempo antes, a instancias de la ciudad, fue declarada monumento nacional, y ello le salvó momentáneamente de la piqueta de los desarrollistas. Después, junto, se construyó una escuela, pero nada se hizo para proteger la endeble estabilidad de los restos de la antigua capilla. Las paredes cedieron y comenzaron a insinuarse grietas. Algunas voces se elevaron para advertir la crítica situación; todo fue inútil. No hay peor sordo que el que no le interesa ni quiere



La Capilla de los Estudios de Cerbuna, tras el hundimiento.

oír. La lluvia y el viento trabajaron los entresijos, entraron a su antojo por ventanas y puertas. El polvo y la humedad se ensañaron con libros y colecciones de periódicos que nunca se recogieron. Eruditos y curiosos se pasearon por las ruinas y ojearon y cogieron lo que les pareció, unos para salvaguardarlo, otros para venderlo y «crear riqueza». Aquí se especula con todo. El domingo 6 de mayo, a las tres y media de la tarde, un gran ruido sirvió de acompañamiento musical nada solemne al derrumbe del techo y una de las paredes, la este, de la Capilla de los Estudios Cerbuna. Poco antes, las hijas del conserje de la escuela jugaban entre los cascotes. No hubo víctimas.

UN ACENDRADO VANDALISMO

En el número 13 del quincenario «Andalán», Salluitano denunciaba en un documentado artículo el tradicional vandalismo a que ha sido sometida Zaragoza por la incuria de sus municipios.

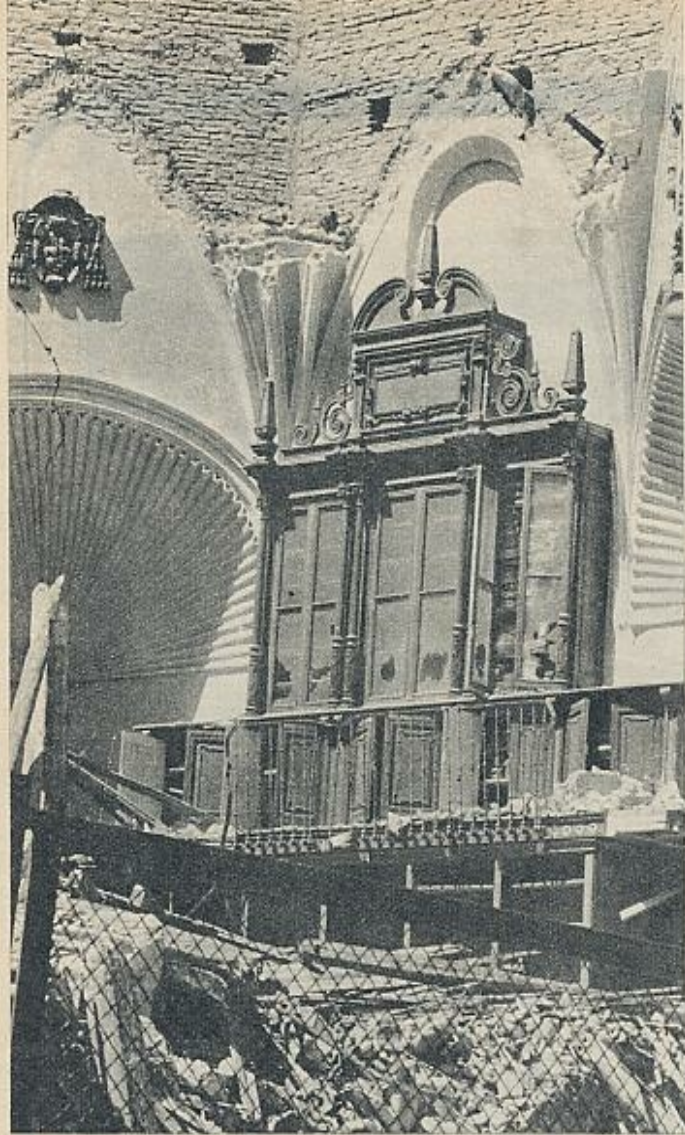
Las puertas de Toledo, Valencia, del Ángel y de don Sancho cayeron sucesivamente en 1842, 1867 y 1868 las dos últimas. La Aljafaría, único ejemplar de la arquitectura hispano-árabe del siglo XI y precioso palacio renacentista aragonés construido por Fernando de Aragón al filo de la toma de Granada, sufrió toda suerte de desafueros a lo largo de los siglos, y fue rematado por las inauditas destrucciones de 1866... «Reinaba la Isabelona», hubiera añadido Valle-Inclán. En realidad es una crónica de sucesos de los representantes de la España eterna.

En 1892 sucumbía la hermosa Torre Nueva, porque estorbaba a un comerciante de la plaza de San Felipe, influente y caciquil; ya entonces el desarrollismo hacía de las suyas. El convento gótico de Santo Domingo, el fabuloso claustro de Santa Engracia —cuya destrucción achaca la mitología popular a los franceses—, el convento de Santa Fe, las iglesias de San Andrés, Santiago, San Pedro Nolasco, en otras fechas de otros años más o menos recientes. Salluitano daba un grito

de alarma respecto a otros edificios en peligro, y recordaba el caso de cómo se derribó una iglesia mudéjar en perfecto estado de conservación, aprovechando el período de vacaciones escolares para ahorrarse incómodos comentarios, al parecer con permiso del Cabildo. Como conclusión, palabras llenas de amargura: «Cuando todo esto caiga —lo poco que queda en pie—, Zaragoza habrá caído. En manos del cacique, del especulador desarraigado, de la impotencia, de la inconsciencia, de la inconsistencia. Eso no será Zaragoza. Será una cosa cualquiera. Ahora no es el prepotente miserable de la plaza de San Felipe. Son otros, con distinta cara, con el mismo cerebro estrecho, con el mismo corazón moribundo... Que la humanidad tenga piedad con los zaragozanos el día que se escriba nuestra historia. Porque vamos buenos; lo que se dice buenos».

CUANDO UNA CAPILLA SE HUNDE

Ninguna de estas destrucciones era rigurosamente necesaria ni



Quedan en pie hermosos armarios renacentistas, todavía con libros.

mejora el urbanismo contemporáneo. Sólo se ha conseguido borrar una posible fisonomía zaragozana. Simplemente ha imperado la especulación de unos pocos, su rápido enriquecimiento, la obsesiva ansia de poseer que caracteriza a nuestra sociedad sobre cualquier tipo de consideración histórica, ética o colectiva. Es el mito del desarrollismo manejado por la oligarquía. El desarrollo real de un pueblo no supone la destrucción, sino el potenciamiento de su herencia cultural. Lo malo es que tras esta palabra se intenta esconder una especulación tecnocrática que es la médula misma del calvinismo ibérico. Ante el derrumbe de la capilla Cerbuna, la indignación ha sido grande. Algunos periódicos y muchas gentes de a pie han pedido se abra una investigación para establecer quiénes son los responsables y se proceda contra ellos. Ya es algo. Ahora viene el «peloteo» de echarse las culpas unos a otros. Otros dicen que se reconstruirá y que tienen la conciencia tranquila. El dinero oficial se gasta en fiestas de gala a las que asisten unos pocos; en

temporadas de ópera —sin ópera— a la que asisten unos pocos. ¡Mientras esos pocos puedan desempolvar su traje de noche de vez en cuando, qué importa lo demás!

Cuando una obra de arte se hunde, se cae algo de todos. La capilla Cerbuna era de Zaragoza, de Aragón y de España. Los encargados de su salvaguarda son responsables ante el pueblo español, no se trata de su propiedad privada.

Es difícil creer que, a pesar de todos nuestros problemas, estas cosas, cuya solución es en principio sólo técnica, sigan ocurriendo. El caso de Zaragoza pienso que no es único; otras ciudades y pueblos corren, casi seguro igual peligro. La raíz hay que buscarla en la sistemática depredación de las iniciativas de alcance colectivo y social. Al pueblo se le dan verbenas o zarzuelas y se insiste en su incultura o su inocencia. Hay una mitología de lo privado y las élites son como la quintaesencia de esta postura social. ■ JUAN ANTONIO HORMIGON. Foto: P. AVELLANEDA.

Un buen verano:
la elegancia
se une a la comodidad
en los trajes

Boyman

Diolen[®]



Llegar, ver y vestir **Boyman**

la máxima calidad

Boyman

Diolen[®]